

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

El sujeto de la ciencia y la locura moderna. El problema de la atadura en el ser.

Bonoris, Bruno.

Cita:

Bonoris, Bruno (2017). *El sujeto de la ciencia y la locura moderna. El problema de la atadura en el ser. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/823>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/wwY>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SUJETO DE LA CIENCIA Y LA LOCURA MODERNA. EL PROBLEMA DE LA ATADURA EN EL SER

Bonoris, Bruno

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el siguiente trabajo se analizará la idea de Lacan de que sujeto del inconsciente es el sujeto de la ciencia, es decir, que el sujeto del psicoanálisis es el correlato esencial del surgimiento de la ciencia moderna y de su fundamento filosófico: el cogito cartesiano. A su vez, se trabajará la hipótesis de que el sujeto de la ciencia se encuentra atado en el ser. Por último, se relacionarán ambas hipótesis con la doctrina lacaniana de la locura y su vínculo con la ciencia moderna.

Palabras clave

Sujeto, Ciencia, Locura, Verdad

ABSTRACT

THE SUBJECT OF SCIENCE AND MODERN MADNESS. THE PROBLEM OF THE ANCHORAGE IN THE BEING

In the following work, we will analyze Lacan's idea that the subject of the unconscious is the subject of science, that is, that the subject of psychoanalysis is the essential correlate of the emergence of modern science and its philosophical foundation: the Cartesian cogito. In turn, we will work the hypothesis that the subject of science is tied in the being. Finally, both hypotheses will be related to the Lacanian doctrine of madness and its link with modern science.

Key words

Subject, Science, Madness, Truth

En el escrito *La Ciencia y La Verdad*, Lacan realizó una de las definiciones más categóricas del concepto de sujeto. Dice allí:

[...] pudo observarse que tomé como hilo conductor el año pasado cierto momento del sujeto que considero como un correlato esencial de la ciencia: un momento históricamente definido del que tal vez nos queda saber si es estrictamente repetible en la experiencia, aquel que Descartes inaugura y que se llama el cogito.

Este correlato, como momento, es el desfiladero de un rechazo de todo saber; pero por ello pretende fundar para el sujeto cierta atadura en el ser, que para nosotros constituye el sujeto de la ciencia, en su definición, término que debe tomarse en el sentido de puerta estrecha. (Lacan, 1966, p. 814).

¿Qué ideas pueden extraerse de esta cita? En primer lugar, que el sujeto del inconsciente sólo pudo haber surgido a partir de un momento históricamente específico: el nacimiento de la ciencia moderna. El sujeto del inconsciente es el sujeto de la ciencia. En segundo lugar, que el surgimiento de la ciencia tiene su correla-

to filosófico esencial (epistemológico y ontológico) inaugurado por Descartes: el cogito. Por último, que el cogito cartesiano es “el desfiladero de un rechazo de todo saber” y “que pretende para el sujeto cierta atadura en el ser”. En esta oportunidad quisiéramos detenernos específicamente en ésta segunda hipótesis.

El primer sitio en donde podemos rastrear esta idea se encuentra, curiosamente, en un texto bastante anterior a *La Ciencia y La Verdad*. Nos referimos a un escrito casi fundacional de la obra de Lacan, esbozo clave de su futuro pensamiento: *Acerca de la causalidad psíquica*, de 1946. Es necesario que ubiquemos este escrito en el contexto en que fue concebido para poder comprender su trayectoria. En aquella oportunidad, Lacan fue invitado para abrir unas jornadas psiquiátricas sobre el problema de la psicogénesis, organizadas por su amigo y ex compañero de trabajo Henry Ey. Las preguntas fundamentales que atravesaron aquellas jornadas son asombrosamente actuales y suelen presentarse en cualquier debate que circunde el tema del sufrimiento humano: ¿cuál es la génesis de los problemas mentales?, ¿dónde ubicamos su causa, en el organismo o en el psiquismo?, ¿es acaso pertinente esta división?, ¿cómo concebir, finalmente, la dualidad cartesiana mente – cuerpo?

Lacan comienza su ponencia planteando una férrea oposición a la teoría de Henry Ey, conocida como órgano-dinamismo, y que –como puede inferirse sin dificultades- ubica la génesis de los problemas mentales en el organismo, más específicamente en el cerebro. Asimismo, Ey se sirve de Jackson y de Freud para subrayar el carácter jerárquico y dinámico de las funciones mentales. Este es el punto neurálgico del debate, ya que si bien Ey tiene como referencia la obra freudiana –y es difícil atribuirle negligencia o desvío en su interpretación- Lacan, también inspirado en el psicoanálisis de Freud, enfrentará una perspectiva completamente opuesta de la locura, un dinamismo que nada debe a las conexiones nerviosas. En definitiva, lo que Lacan empieza criticando es la concepción que busca la verdad en el organismo; versión ingenua en tanto “que este marco no designa otra cosa que el hecho de recurrir a la evidencia de la realidad física, tan válida para él como para todos nosotros desde que Descartes la basó sobre la noción de extensión” (Lacan, 1946, p. 153). Para Lacan, Ey confunde evidencia con verdad y cuerpo con realidad física. De hecho, podríamos afirmar sin riesgo a equivocarnos, que el espíritu de la invención freudiana consistió, justamente, en leer la verdad escrita en el cuerpo de las histéricas.

Por esta vía, a partir de un bucle teórico que debió haber dejado perplejo a cualquier desprevenido, Lacan le arrebató una frase a Ey como referencia invertida para desarrollar su doctrina de la locura. La cita es la siguiente: “Las enfermedades son insultos y trabas a la libertad, no están causadas por la actividad libre, es decir, puramente psicogenéticas” (Ey citado por Lacan, 1946, p. 157). La

actitud ilustrada de Henry Ey es innegable, para él el hombre loco es aquel que ha perdido su cara más humana: su razón y, por lo tanto, su libertad, la capacidad de elegir sin las coacciones pasionales que caracterizan al alienado. A su vez, según Ey, la libertad queda asociada a la actividad puramente psicológica mientras que la determinado, lo “alienante” se comprende orgánicamente. Lacan arremete contra las ideas de Ey al afirmar que a pesar de que el sujeto loco no reconoce sus producciones delirantes como propias y que las vive con cierta extrañeza, son fenómenos que le incumben personalmente: lo desdoblan, le responden, le hacen eco, leen en él, así como él los identifica, los interroga, los provoca, y los descifra. Y cuando llega a no tener medio alguno de expresarlos, su perplejidad nos manifiesta asimismo en él una hiancia interrogativa: es decir que la locura es vivida íntegra en el registro del sentido (Lacan, 1946, p. 164).

Por lo tanto, lo principal para Lacan es que los fenómenos de la locura son fenómenos de sentido, *quieren decir algo* para aquel quien los padece y a quien sabe leerlos, se inscriben en el ámbito del lenguaje, de la significación, es decir, de la verdad. De este modo, Lacan hace manifiesta la idea fundamental del descubrimiento freudiano: los síntomas tienen un sentido, son un mensaje cifrado que debe ser leído e interpretado.

Luego, agrega que la locura se concibe generalmente como un problema de descreencia; el loco sería alguien que se cree distinto a quien realmente es, como aquello que se creen “vestidos de oro y púrpura estando desnudos”. En cambio, para Lacan, si bien la locura “incumbe a una de las relaciones más normales de la personalidad humana –sus ideales-, conviene destacar que, si un hombre cualquiera se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey” (Ibid., p. 169). Por lo tanto, loco no es solo aquel que *se cree* distinto de quien es, sino quien, básicamente, *se cree quien es*. En primera instancia, esta definición puede resultar un tanto abusiva, ¿acaso no es cierto que todos los seres humanos nos identificamos con algunos significantes ideales?, ¿no es cierto que nos constituimos y jugamos un papel en el mundo creando identidades y haciéndonos cargo de ellas?, ¿qué significa que el loco *se la cree*? En efecto, para Lacan, no es una identificación cualquiera la que en sentido estricto nos enloquece, para él la diferencia la da “la mediación o la inmediatez de la identificación y, para decirlo de una vez, la infatuación del sujeto” (Ibid.). Entonces, puede acotarse el campo de la locura para aquellas identificaciones inmediatas, es decir, sin mediación, sin una instancia tercera que *intermedie* entre el sujeto y el ideal. Ahora bien, ¿cuál es la terceridad que no media en la identificación loca? Definitivamente, aunque aquí él no lo diga, es el Otro. En 1946 Lacan no había llegado a articular este concepto y por lo tanto no lo menciona explícitamente, no obstante podemos inferirlo a partir de todo el desarrollo de su enseñanza. Por lo tanto, “si entre el sujeto hablante y el ideal simbólico se da una unión directa, si no se interpone entre ellos alguna encarnadura del Otro, se trata de locura” (Eidelsztein, 2008, p. 94). En pocas palabras, loco es aquel que cree ser sin Otro. Desde esta perspectiva, para Lacan el problema apunta directamente al “corazón mismo de la dialéctica del ser: en punto tal situase, en efecto, el desconocimiento de la locura” (Lacan, 1946, p. 169). Presa del desconocimiento, y no de la

incredulidad, el loco quiere imponer al mundo la ley de su corazón a lo que se le presenta como un mundo desordenado, empresa insensata –dice Lacan- pero no porque implique una falta de adaptación a la realidad, tal como sostuvo Ey, sino porque actúa como el “alma bella” que “arde consumiéndose en sí misma” (Hegel, 1806, p. 384) y no se reconoce en ese desorden, se cree fuera de él, no puede ver que el mundo le devuelve su mensaje en forma invertida. Los términos alma bella y ley del corazón remiten a la obra de Hegel y a su teoría del individualismo moderno. En efecto, Lacan sostiene que su doctrina de la locura está completamente inspirada en su obra.[1] Los vínculos entre locura e individualismo son íntimos y resultan fundamentales para comprender el tema que nos concierne. El simple hecho de que la locura sea concebida como *crear que se es sin Otro* nos acerca a cualquier idea intuitiva que podamos tener del individualismo.

Después de realizar esta breve conceptualización del fenómeno de la locura, Lacan puede dar la estocada final a las ideas de Henry Ey al retomar la frase en la que hicimos hincapié. Estás son sus palabras: “Ahora bien, esa identificación, cuyo carácter sin medición e infatuado he deseado ahora mismo hacer sentir, se demuestra como la relación del ser con lo mejor que éste tiene, ya que el ideal representa en él su libertad” (Lacan, 1946, p. 170). Entonces, loco no es quien ha perdido su libertad por causas orgánicas sino quien se cree libre de causas “psíquicas”, mejor dicho, simbólicas. En definitiva, para Lacan el loco es el hombre libre, siempre y cuando entendamos la libertad como “separarse de las amarres del Otro, de las limitaciones que impone la relación con él; esa libertad es equivalente a la muerte por quedar el sujeto totalmente atrapado al significante del Ideal y, por lo tanto a su petrificación” (Eidelsztein, 2008, p. 99). Es por este motivo que Lacan define a la locura como “estasis del ser en una identificación ideal” (1946, p. 170). La locura, a pesar de su quimérico movimiento, es una detención, un estancamiento en el proceso dialéctico que implica ser humano. El hombre libre –el loco- es un títere del saber, ya que desconoce la dimensión dialéctica de su propia constitución, ignora la instancia de Otredad que se encuentra inmiscuida en él, olvida la verdad de la división del sujeto y no puede hacer de su padecer un síntoma, como significado del Otro (Muñoz, 2011). El loco es pura positividad, es transparente para sí mismo.

Cuando Lacan afirmó en *Acerca de la causalidad psíquica* que para el loco el ideal representaba su libertad, también dijo que no se apartaba “del drama social que domina nuestro tiempo” (1946, p. 173). No dio muchas precisiones acerca del sentido de esta frase, exceptuando su incuestionable lazo con el ideal y la libertad. Será en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* en donde hará explícito el vínculo entre locura y modernidad, más específicamente, entre locura y ciencia. Comencemos a desbrozarlo a partir de la siguiente cita, en donde realiza una de las definiciones más valiosas de la locura:

En la locura, cualquiera que sea su naturaleza, nos es forzoso reconocer, por una parte, la libertad negativa de una palabra que ha renunciado a hacerse reconocer, o sea lo que llamamos, obstáculo a la transferencia, y, por otra parte, la formación singular de un delirio que –fabulatorio, fantástico o cosmológico: interpretativo, reivin-

dicador o idealista- objetiva al sujeto en un lenguaje sin dialéctica (Lacan, 1953, p. 270).

De este modo, Lacan delimita a la locura a partir de dos características recíprocas: por un lado, una palabra que ha renunciado a hacerse reconocer en tanto palabra, es decir, que no puede ingresar en el proceso dialéctico propio del mundo lenguaje y se comporta como si fuera “una cosa”, idéntica a sí misma; y, por otro lado, la formación de un delirio -imposible de dialectizar- que transforma al sujeto en un objeto. Estas dos características subrayan la pérdida del valor enigmático y equívoco que tiene el lenguaje por fuera de su función referencial y constativa. En la locura se erradica ese “más allá” que cada palabra arrastra consigo. Como sostiene de un modo muy sencillo Humboldt.

Al escuchar una palabra no hay dos personas que piensen exactamente lo mismo, y esta diferencia, por pequeña que sea, se extiende, como las ondas en el agua, por todo el conjunto de la lengua [...] por eso toda comprensión es al mismo tiempo una incompreensión; toda coincidencia en ideas o sentimientos una simultánea divergencia (citado en Han, 2012, p. 13).

Es en la ambivalencia inherente al lenguaje humano, en el *plus* de sentido/sin sentido que acompaña cada enunciado, en donde Lacan ubicará el problema de la verdad y el deseo.

Entonces, una de las paradojas de la relación del lenguaje con la palabra se da, justamente, cuando el “sujeto pierde su sentido en las objetivaciones del discurso” (Lacan, 1953, p. 270). Es decir que el lenguaje, a pesar de cargar con esa ambivalencia constitutiva, tiene al mismo tiempo la capacidad de objetivar al sujeto y transformarlo en algo inequívoco, en algo que “es” por sí mismo y que pierde, por lo tanto, su sentido. La siguiente cita de Lacan será reveladora de su postura:

Pues es ésta la enajenación más profunda del sujeto de la civilización científica y es ella la que encontramos en primer lugar cuando el sujeto empieza a hablarnos de él: por eso, para resolverla enteramente, el análisis debería ser llevado hasta el término de la sabiduría.

Para darle una formulación ejemplar, no podríamos encontrar terreno más pertinente que el uso del discurso corriente, haciendo observar que el “*ce suis-je*” [esto soy] de tiempos de Villon se ha invertido en el “*c’ est moi*” [soy yo; literalmente, “esto es yo”] del francés moderno.

El yo del hombre moderno ha tomado su forma, lo hemos indicado en otro lugar, en el callejón sin salida dialéctico del “alma bella” que no reconoce la razón misma de su ser en el desorden que denuncia en el mundo (1953, p. 272)

Para Lacan, esa capacidad objetivante del lenguaje sobre el sujeto se vio particularmente exacerbada a partir del surgimiento de la ciencia moderna: en primer lugar, a partir del cogito cartesiano, debido a que desde el momento en que aquello piensa (*cogitas*), se constituye a su vez como objeto de su propio pensamiento (*cogitatum*), es decir, en Yo (Lacan, 1957); en segundo lugar, a partir de

la postulación del ser hablante como objeto de estudio: el hombre, ese extraño objeto de las “ciencias humanas” que la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis ayudaron a moldear. Lacan dirá que la enorme objetivación de la ciencia le permitirá al hombre moderno olvidar su subjetividad, “le dará ocasión de olvidar su existencia y su muerte, al mismo tiempo que de desconocer en una falsa comunicación el sentido particular de su vida” (Lacan, 1953, p. 272). Desde la modernidad el ser humano se ha transformado en un “esto es yo”. El hombre moderno ha quedado cautivo de una identificación loca con esa instancia imaginaria llamada “yo”.

NOTA

[1] “Tal es la fórmula general de la locura que encontramos en Hegel, pues no vayáis a creer que innovo, aun cuando he estimado de mi deber tomarme el cuidado de presentársela con una forma ilustrada. Y digo fórmula general de la locura, en el sentido de que podemos verla aplicarse particularmente a cualquiera de esas fases a través de las cuales se cumple mas o menos en cada destino el desarrollo dialéctico del ser humano, y porque allí se realiza siempre, como una estasis del ser en una identificación ideal que caracteriza a ese punto con un destino particular” (Lacan, 1946, p. 170).

BIBLIOGRAFÍA

- Eidelsztein, A. (2008): Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Tomo 1. Buenos Aires: Letra viva, 2008.
- Han, B-C. (2012): La sociedad de la transparencia. Buenos Aires: Herder, 2015.
- Hegel, GWF. (1806): Fenomenología del Espíritu. México: Fondo de cultura económica, 1966.
- Lacan, J. (1946): Acerca de la causalidad psíquica. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1953): Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1957): Instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1966): La ciencia y la verdad. En Escritos 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Muñoz, P. (2011): Las locura según Lacan. Consecuencias clínicas, éticas y psicopatológicas. Buenos Aires: Letra Viva, 2011.